

## LA IMAGEN DE LA DIVINIDAD Y LA CONDUCTA EN LA VIDA

Waldo Ross

Universidad de Montreal, Canadá

Comunicación presentada al IV Congreso  
Nacional de Filosofía, Universidad de  
Valparaíso, Chile, 27 al 31 de julio de 1981.



**L** juguete rabioso, novela del famoso escritor argentino Roberto Arlt, es la historia de Silvio Astier, un muchacho pobre que intenta ganarse la vida. Comienza como ladrón. Después es humilde sirviente de un librero de viejo. Más tarde intenta sin éxito entrar como aprendiz de mecánico en el Ejército. Como fracasa en todo, intenta suicidarse, pero aún en esto fracasa. Por último, consigue un modesto empleo como corredor de una papelería. Allí se hace amigo de El Rengo, un carretonero que prepara un robo. Entonces – y aquí viene lo fundamental – para hacer algo que nunca olvidará y que, por su intensidad, dará sentido a su vida, Silvio Astier traiciona a El Rengo. Siente entonces la fuerza enorme de la vida. Cree que *Dios es la alegría de vivir...*

Hay en esta historia algunos elementos dignos de ser considerados. Ante todo, el sentimiento que la divinidad no es un ser sino una *intensidad*. Segundo, que dicha intensidad puede hacer su aparición del modo más *paradójico*: subrepticamente se introduce aquí, deformado y girado en 180 grados, el mito de Judas: la traición produce una confrontación violenta con la divinidad. Esta deformación no debe admirarnos, pues, en general, los personajes de Arlt son, diría yo, “personajes de

anti-materia", con todas sus coordenadas psíquicas dispuestas en sentido inverso.

El hecho de que la divinidad se manifieste como *intensidad* tampoco debe admirarnos: desde las aventuras metafísicas del idealismo estamos acostumbrados a la idea de una *acción sin substancia*, idea que, en líneas generales, aparece confirmada por la física moderna.

En cuanto a la *paradoja*, la tradición religiosa nos da innumerables ejemplos de "pruebas" a que es sometido el hombre para así cumplir el destino que le ha sido asignado por la divinidad.

Pero, en general, lo que no es de costumbre, lo que no es frecuente, es el hecho de afirmar que la divinidad produce *alegría*. En general, la divinidad ha producido terror, angustia y sufrimiento. C.G. Jung solía decir que la divinidad se manifiesta en las dificultades de la vida diaria, dificultades que tenemos que superar. Gandhi pensaba que la divinidad aparece en los últimos límites de la humildad. En nuestra historia, en cambio, la divinidad aparece como la *gran movilizadora de la energía psíquica*, movilización que produce la alegría de vivir.

Pero la movilización de la energía es algo que ya tiene su tradición. De hecho, todos los rituales religiosos no son otra cosa que un proceso simbólico destinado a producir esa movilización.

Un ejemplo que ya se ha hecho clásico ha sido proporcionado por C. G. Jung en su libro *Modern man in search of a soul*. De visita en Africa, Jung quería enviar sus cartas a un puesto de correos situado a 120 kilómetros de distancia. Como vivía en una tribu primitiva, le pidió a uno de los mensajeros que llevara su correspondencia. El mensajero no reaccionó. Entonces el jefe de la tribu se acercó a Jung para explicarle lo que había sucedido:

Vino entonces un negro samali que tomó mis cartas en su mano y me dijo: "Te has comportado de una manera torpe y estúpida. Te voy a mostrar cómo se hace esto."



(Jung describe entonces la ceremonia ritual que se ejecuta para movilizar la energía del mensajero).

Le refregó las costillas con su bastón de mando, lo removi6 con violencia y lo maldijo a 6l y a sus antepasados hasta la s6ptima generaci6n. Es as6 como debes correr, le dec6a el jefe imitando en m6mica por medio de una danza lo que el mensajero deb6a hacer. El mensajero, poco a poco, se despert6. Sus ojos se alumbraron. Una gran sonrisa termin6 por irradiar en su rostro. Hab6a comprendido. Parti6 como un balazo y recorri6 los 120 kil6metros de un tir6n.

Este ejemplo es pintoresco y simp6tico, pero, lamentablemente, no logra responder a nuestro problema: la divinidad no s6lo debe movilizar la energ6a ps6quica a trav6s de un ritual. Debe hacer algo m6s: debe proporcionar alegr6a.

Pero: ¿por qu6 no hay alegr6a? Y, desde luego, esta pregunta se enlaza con esta otra: ¿por qu6, por regla general, el ser humano muestra mayor disposici6n hacia la pena que hacia la alegr6a? Y a estas dos preguntas se suma, de manera envolvente, una tercera: ¿C6mo es posible que una presencia invisible y misteriosa (divinidad) pueda quebrar la pena del hombre y transformarla en alegr6a?

Paul Diel ha tratado de responder a esta cuesti6n, partiendo de la emoci6n del misterio que est6 en la base de toda experiencia religiosa:

El misterio no es infinito ni finito: de all6 que sea indefinible. No es existente ni inexistente. Existe pero 6nicamente para el esp6ritu humano en tanto que impenetrable misterio de la existencia. No es ni eterno ni temporal, pues no es el hecho aparente de un derrame sin fin del pasado hacia el futuro. La eternidad no puede ser imaginada que por la imagen inimaginable de una eterna presencia. El misterio no

es inmanente ni trascendente a la existencia espacio-temporal. *Es trascendente a la reflexión e inmanente a la emoción.* (1)

Diel echa mano de esta intuición y, enlazándola con el mito arquetípico del héroe, intenta ver hasta qué punto la imagen de Cristo puede plantearse como punto de partida de un proceso intrapsíquico que remate en la alegría:

Hombre mortal, Jesús muere realmente y su cuerpo inanimado se descompone. Pero el impulso que lo ha animado, el Cristo – la verdad enseñada – renacerá de la tumba al “tercer día”. La cifra “tres” es, de acuerdo al simbolismo de los números, el símbolo del espíritu: la verdad culminará en un futuro lejano donde los hombres, comprendiendo el mensaje de alegría, haciendo “renacer el Cristo” en ellos mismos, renacerán (de la “muerte” del alma y del espíritu, de la incapacidad de comprender) del convencionalismo banal que causa la muerte de los impulsos. (2)

De donde se infiere que, en última instancia, la alegría es una forma del *renacer*, es la capacidad ética de salir de la muerte del espíritu. Ahora bien, esta capacidad de salir de la muerte ha sido elaborada y simbolizada en el mito arquetípico del *Héroe*. La alegría estaría así fundada sobre el cumplimiento del mandato ético, mandato que brota desde el misterio, y sería una forma de continuo renacer. Pero renacer es renacer desde la muerte. Por lo tanto, la alegría, como todo proceso psíquico, conlleva la *bipolaridad*: muerte–renacer.

De todo esto se infiere que la conciencia ética, si intenta verdaderamente cumplir un valor, es esencialmente una *conciencia heroica*. Y de este modo, sólo en lo heroico se daría verdaderamente la plenitud de lo ético.

Con esto vemos que el proceso psíquico que involucra a la conciencia ética es paralelo al proceso arquetípico del héroe. La conciencia ética parte de la presencia del misterio que involucra



el mandato de ciertos valores que son vigentes como "verdad eterna". La conciencia ética es casi un modo de "adivinar" esos valores. Al mismo tiempo, el proceso ético se manifiesta en fases cada vez más objetivas, primero bajo la forma de *deber* y, luego, bajo la forma de *acción moral*. La acción moral, a su vez, me abre un horizonte de *derechos* y éstos apuntan hacia el "reino de los fines", hacia los valores entendidos como realidad teleológica: es este entendimiento el que está en la base de la *conciencia axiológica*, la que, por su parte, me reintegra al universo del misterio. (3).

Con el misterio pasa algo parecido a lo que sucede con los axiomas de la matemática: no son necesarios y ni siquiera se pueden demostrar. Es más, se pueden cambiar a voluntad (los símbolos del misterio también se cambian según las culturas) pero, sin ellos, la matemática sería imposible.

Pues bien: el mito arquetípico del héroe, paralelamente, presenta una estructura semejante al proceso ético. Mejor sería decir: es idéntico al proceso ético, sólo que lo heroico actúa sobre la existencia espacio-temporal, en cambio lo ético es esencialmente interno, se anuda en los pliegues del espíritu.

En efecto, el mito del héroe, dejando de lado sus múltiples detalles, contiene estas fases esenciales:

- 1) En el nacimiento del héroe interviene directamente la divinidad que se hace presente dentro de su espíritu (misterio).
- 2) El héroe realiza más tarde una obra extraordinaria. La divinidad le moviliza su energía, le da entusiasmo y alegría para cumplir su tarea. Esta obra se realiza porque el héroe puede "adivinar" los valores que le son transmitidos por la divinidad. Paralelamente, la conciencia ética es autora de toda una "obra interior".
- 3) El héroe muere al ser víctima de las fuerzas del Mal. La muerte del héroe es la culminación del

cumplimiento de su deber. Es en la muerte del héroe donde el proceso ético abandona su interioridad y se sumerge en la existencia espacio-temporal. O dicho de manera simbólica: el cumplimiento del deber en la acción moral conlleva el peligro de muerte (porque no olvidemos: hay muchas maneras de morir). Pero para que esto suceda es necesario que la divinidad se autolimite, se fragmente en el tiempo.

- 4) El cadáver del héroe comienza su viaje nocturno por mar (el mar es símbolo del inconsciente). Aquí la divinidad se manifiesta como consubstancial con los elementos de la Naturaleza y con los fuerzas primordiales del Cosmos. La acción moral del proceso ético es aquí transferida al proceso cósmico. La divinidad le da al héroe el derecho a la resurrección.
- 5) La resurrección del héroe se efectúa por intervención de la Energía Femenina, es decir, por la divinidad bajo su forma de energía regeneradora y unitiva. La resurrección pone al héroe en el camino que conduce hacia la vida eterna, así como la conciencia axiológica pone al hombre en el camino que conduce hacia los valores eternos que tienen su fundamento en el misterio.
- 6) Por último, el héroe es elevado al plano de la vida eterna, es decir, penetra definitivamente en la zona del misterio, escapa del círculo de las generaciones.

(En la disposición de estas etapas he utilizado naturalmente el mito de Isis y Osiris tal como es relatado por Plutarco. No aparece allí la noción de "hybris" sobre la cual tanto insiste C. G. Jung)

Ahora bien: si el proceso ético es, en última instancia, un proceso heroico. Si, por su parte, el héroe es la condición sine qua non para que la divinidad se haga presente en este mundo.



Si la muerte y el riesgo están siempre presentes en el acto moral. Si la muerte y el riesgo son condiciones para penetrar en el misterio. Si todo esto es así, esto significa que la *divinidad* y el *héroe* son *consustanciales*. Significa que el heroísmo es la encarnación de la divinidad en la existencia espacio-temporal. Es más: significa que el héroe construye la personalización de la divinidad en este mundo. El sentido del heroísmo es el sentido de la creación. (4)

El entusiasmo y la alegría proporcionados por las diversas formas en que la divinidad se hace presente en la vida, no constituyen un estado estático. (La divinidad se hace presente en el acto ético heroico, pero nunca en el acto de la moral convencional. Al contrario: es siempre la moral convencional la que asesina al héroe. La teología católica nació de esta constatación). La alegría es alegría de lucha, de muerte y de resurrección. En este mundo el hombre es un cruzado de los valores eternos. No hay descanso, sólo hay superación.

## NOTAS

- (1) Paul Diel: *La divinité. Le symbole et sa signification* París: Payot, 1971. pág. 141.
- (2) Paul Diel: *Op. cit.* pág. 133.
- (3) He tratado de desarrollar esta idea en mi comunicación sobre "La vocación filosófica latinoamericana y los derechos humanos" presentada al Décimo Congreso Interamericano de Filosofía, Tallahassee, Florida, USA. 1981. (Publicada en Cuadernos de Filosofía No. 2)
- (4) El primer bosquejo de esta concepción de una metafísica del heroísmo apareció en 1953 en un artículo publicado en la revista *Albatros* de Valparaíso que entonces dirigía Efrain Szmulewicz. Más tarde (1954) apareció en México una versión inglesa un poco ampliada. Pero la idea tomó cuerpo en República Dominicana en mi librito *Soledad y heroísmo en la vida de Dios* (1957). Este libro tuvo buen éxito de crítica, pero muy pronto se eclipsó totalmente. La razón es obvia: el sentimiento heroico de la vida está en violenta contradicción con la sensibilidad actual, salvo, claro está, cuando se pretende utilizar el heroísmo para destruir la cultura de Occidente.